

El Señor es tu doctor - 01

El bálsamo de Galaad

Pastor Erich Engler



¡Dios es nuestro médico! Este es el mensaje que deseamos dar al mundo agonizante y moribundo que nos rodea.

La mayoría de los cristianos cree en un Dios que hace milagros, pero ¿creemos que Él es nuestro médico?

Los milagros divinos no se manifiestan con demasiada frecuencia, por lo menos, no es algo que vemos todos los días ¿verdad? Por lo tanto, nosotros, como creyentes, tenemos que entender que la manera en que Dios nos promete su sanidad está basada en otro tipo de promesas, y es que, Él desea que le conozcamos como nuestro médico divino.

En la enseñanza del día de la fecha vamos a ver la diferencia que existe entre sanidad y milagro.

Personalmente creo que es mucho más sencillo creer que Dios es nuestro médico, y que como tal nos indica medidas profilácticas para preservar nuestra salud, que creer en un Dios que hace milagros cuando estamos a punto de morir por alguna grave enfermedad.

Los hijos de Dios podemos contar con las grandes promesas que nos hace nuestro médico divino. De allí pues, es de vital importancia que conozcamos las promesas divinas en cuanto al tema de la sanidad.

Una de las “herramientas” que tenemos a disposición es la Santa Cena, la cual no es aplicable sólo en los casos de extrema gravedad, sino que podemos participar de ella de modo regular, mientras estamos sanos, como medida profiláctica para evitar enfermarnos.

Te invito a descubrir junto conmigo los maravillosos atributos de nuestro médico divino. Él es quien nos asesora correctamente y desea proveernos de salud y sanidad constantemente. Si tenemos revelación de ello, no tendremos necesidad de recurrir a Él recién en el momento en que estamos padeciendo una enfermedad.

Cuanto más frecuentemente vamos a consultar a nuestro médico divino mayores habrán de ser los beneficios que recibimos de su mano.

El tema no pasa por lo que Dios puede hacer, ya que Él es todo poderoso y puede sanar y hacer milagros, sino que la cuestión reside en lo que nosotros podemos recibir.

Para comenzar a desarrollar el tema vamos a considerar uno de los pasajes que es aplicado con mayor frecuencia en cuanto al tema de la sanidad. Éste se encuentra en Éxodo 15:26:

Y dijo: Si escuchas atentamente la voz del SEÑOR tu Dios, y haces lo que es recto ante sus ojos, y escuchas sus mandamientos, y guardas todos sus estatutos, no te enviaré ninguna de las enfermedades que envié sobre los egipcios; porque **yo, el SEÑOR, soy tu sanador.** (LBLA).

En algunas traducciones en alemán dice específicamente: Yo soy el SEÑOR tu médico.

¿No es maravilloso esto? Podemos considerarnos los seres más felices de la tierra ¿verdad?

De acuerdo al Diccionario Bíblico Strong, el término que el original hebreo utiliza para describir la palabra que en español se traduce como sanador es **rafá** (H7495) y significa: arreglar, cuidar, curación, curar, médico, restaurar, sanador, sanar, sanear, sanidad, sano.

Es interesante notar que la denominación más frecuente para referirse a un médico en Israel, aún en la actualidad, es Rofé. Esta palabra procede de la raíz etimológica **rafá** que acabamos de considerar.

Las palabras de este versículo del libro de Éxodo eran válidas para la nación de Israel y estaban estrechamente vinculadas al cumplimiento de los mandamientos divinos. Esa era la manera en que funcionaba la provisión divina en el AT. La bendición estaba supeditada al cumplimiento de la ley. El quebranto de la misma acarrearía maldición.

Hoy en día, estamos bajo el pacto de la gracia debido a que Jesús, por medio de su obra redentora a nuestro favor, cargó con la maldición del pecado que nos hubiese correspondido a nosotros. Por lo tanto, de todo ese pasaje que acabamos de considerar, sólo la última frase es válida para nosotros.

Jesús es el buen samaritano de la parábola del NT quien curó al herido con vino y aceite. Estos dos elementos eran símbolo de curación en aquel entonces.

Cuando el leproso se acercó a Jesús implorando sanidad si es que ésta pudiera ser posible, Él le respondió diciendo: ¡Quiero, sé limpio!

Jesús no sólo puede sanarnos, sino que desea hacerlo.

Para ser sincero, debo reconocer que durante mucho tiempo tuve problemas con una de las frases mencionadas en este versículo que acabamos de considerar. Me costaba mucho entender eso de que “no te enviaré ninguna de las enfermedades que envié sobre los egipcios”.

Esa frase me llevaba a pensar como que pareciera ser que Dios era el verdadero causante de las enfermedades o ¿Él simplemente las permitía?

Un buen día, mientras meditaba sobre esto, el Señor habló a mi corazón de una manera tan amorosa como lo hace siempre, y me llevó a fijar mi atención en el contexto de este pasaje. Cabe recordar que contexto, de acuerdo al diccionario de la RAE, es el entorno lingüístico del que depende el sentido de una palabra, frase o fragmento determinados.

Por tanto, cuando me dediqué a estudiar todo el contexto de este versículo, se disiparon todas mis dudas de una vez y para siempre.

Cuando Dios dijo “las enfermedades que fueron enviadas a los egipcios” se estaba refiriendo concretamente a las 10 plagas que cayeron sobre esa nación como juicios divinos a causa del maltrato en relación a su pueblo elegido. En el libro de Éxodo, en los capítulos 7 al 11, encontramos el relato de las 10 plagas que tuvo que soportar Egipto en relación a la dureza del corazón de Faraón hasta que finalmente tuvo que acceder a dejar ir al pueblo de Israel y no seguir manteniéndolo en la esclavitud.

De acuerdo al contexto, las enfermedades o plagas que habían sido enviadas a los egipcios estaban estrechamente relacionadas con la terquedad del Faraón.

Dios les habló a los israelitas de esa manera porque eso era lo que ellos habían estado habituados a ver en aquel momento. Durante un determinado período de tiempo, vieron como caía una plaga tras la otra, muchas de las cuales afectaban negativamente la salud.

Cuando finalmente Faraón desistió a su empeñamiento y permitió la partida de los hijos de Israel en dirección a la tierra prometida, ellos marcharon por el desierto durante 3 o 4 semanas aproximadamente, y luego de cruzar el mar Rojo, llegaron a un lugar donde acamparon para descansar.

En aquel momento, los israelitas tenían todavía frescos en sus memorias los recuerdos de lo que había sucedido en Egipto durante los últimos meses con todo el tema de las plagas y sus consecuencias nocivas sobre la salud. Ellos supieron entonces que Dios se refería a eso

precisamente y no a las enfermedades en general como si Él fuera el causante de las mismas y sintiera placer de castigar al ser humano de esa manera.

Cuando Dios habló a Moisés diciendo que Él no habría de enviar ninguna de las enfermedades que habían afectado a los egipcios, los israelitas sabían muy bien que eso tenía que ver con las 10 plagas, lo cual tuvo relación directa con la dureza del corazón del Faraón.

Naturalmente que en Egipto habían existido desde siempre diferentes tipos de enfermedades que no tenían nada que ver con las plagas, pero, de una forma u otra, tenemos que tener bien claro que Dios no era el causante de las enfermedades, sino que simplemente las permitió.

Hay una gran diferencia entre causar y permitir.

Faraón supo muy bien lo que tendría que haber hecho, sin embargo, debido a su empecinamiento, fue dejando pasar el tiempo y así fueron empeorando las cosas. La única manera de hacerle cambiar de opinión y permitir la libertad del pueblo de Israel era por medio de las 10 plagas.

Por eso, cuando comprendemos que Dios, en este enunciado, se está refiriendo concretamente a esta situación y que Él no es el causante de la enfermedad, tanto más maravillosa vemos la promesa de que Él desea ser el médico que cura las enfermedades de sus hijos.

Hay algunos que, al leer este pasaje, interpretan que éste sólo tiene que ver con sanidad espiritual, sin embargo, esta sanidad se refiere concretamente al cuerpo.

Aquellos que piensan que Dios a veces sana y a veces envía enfermedades tienen una imagen distorsionada de Dios.

De allí pues, la importancia de no interpretar pasajes bíblicos en forma aislada sino considerarlos siempre dentro de su contexto.

Dios está sumamente interesado en otorgarnos sanidad, de hecho, uno de los cuatro Evangelios del NT fue escrito por un médico.

Lucas era médico y él escribió su libro desde esa perspectiva.

Como sabemos, el NT comienza con los cuatro Evangelios, a saber: Mateo, Marcos, Lucas, y Juan. Por tanto, la cuarta parte de ellos, o sea un 25% de los mismos, fue escrito por un médico.

Si nos ponemos a pensar sobre esto, nos damos cuenta que la salud del cuerpo humano ocupa un lugar importante en la mente divina. Dicho sea de paso, la parábola del buen samaritano, quien representa a Jesús, está relatada en el Evangelio de Lucas solamente.

En Colosenses 4:14 al 16 leemos:

(14) Lucas, el médico amado, os envía saludos, y *también* Demas.

(15) Saludad a los hermanos que están en Laodicea, también a Ninfas y a la iglesia que está en su casa.

(16) Cuando esta carta se haya leído entre vosotros, hacedla leer también en la iglesia de los laodicenses; y vosotros, por vuestra parte, leed la carta *que viene de Laodicea*. (LBLA)

Como ya habíamos mencionado en series anteriores, entre las cartas pastorales que el apóstol Pablo había escrito a las diferentes iglesias, estaban las denominadas cartas “gemelas” porque tenían muchas cosas en común. Así era el caso de la carta a los colosenses y a los laodicenses como se menciona en este pasaje. Lamentablemente, las cartas dirigidas a la iglesia de Laodicea se perdieron.

Hubiese sido interesante saber qué es lo que Pablo les escribió a los laodicenses y cuál era la razón por la cual él pedía que se la intercambiaran con los colosenses. Debido a que esas epístolas se perdieron y no existen en la actualidad, podemos tener una idea de lo que allí decía al leer la carta a los colosenses.

Y precisamente en esta carta encontramos que Lucas, a quien se lo identifica como el médico amado, envía saludos.

Dios es nuestro médico amado, Él se alegra de poder ser nuestro médico de cabecera.

En el libro de Éxodo Él se presenta a sí mismo como el médico que sana los cuerpos curando las enfermedades.

Si bien Dios también obra milagros, éstos suceden mayormente en los inconversos a modo de llamada de atención hacia el Evangelio. Naturalmente que Dios obra milagros también para los creyentes dentro de su iglesia, pero, éstos no son demasiados en relación a las sanidades.

Principalmente el plan divino es curarnos de nuestras enfermedades tal como lo hace un médico por medio de un tratamiento y una medicina apropiada.

Por supuesto que creemos en los milagros divinos, oramos para que éstos sucedan, y nos gozamos cuando se manifiestan. Sin embargo, es mucho más sencillo creer en un Dios sanador que nos va curando por medio de su medicina profiláctica a esperar al último momento de una fase crítica cuando ya no parece haber más esperanzas, y lo único que puede salvarnos es un milagro.

También en esta dispensación, la de la iglesia de Laodicea, Dios desea seguir siendo nuestro médico amado. Él nos cura por medio de dos componentes principales, a saber: el bálsamo de su Palabra y la participación de la Santa Cena.

Hay determinadas cosas que hacemos en la vida, muchas de ellas casi en forma automática, a modo de prevención, por ejemplo: nos colocamos el cinturón de seguridad cuando viajamos en un vehículo para prevenir lesiones en caso de un accidente. De la misma manera, el Señor nos ha provisto de ciertas medidas profilácticas para protegernos de enfermedades.

La participación de la Cena del Señor, cuyos elementos representan su obra redentora en la cruz a nuestro favor, es una de ellas. No habría que esperar para hacerlo cuando las cosas empeoran como si éste fuera el último recurso disponible, sino que, participar de ella en forma regular favorece el proceso de sanidad y actúa como medicina profiláctica.

Ahora no voy a referirme en detalle a la Santa Cena porque, en varias de nuestras enseñanzas anteriores ya hemos estado hablando de ello en extenso, y muchos de vosotros participáis de ella frecuentemente.

Sin embargo, deseo poner el énfasis sobre el bálsamo. De acuerdo al diccionario de la RAE un bálsamo es un medicamento compuesto de sustancias comúnmente aromáticas, que se aplica como remedio en las heridas, llagas y otras enfermedades.

Todos nosotros sabemos lo que es un bálsamo, también denominado unguento o linimento, y seguramente, más de una vez, el médico nos ha prescrito o recetado alguno para curar determinada dolencia o molestia en nuestro cuerpo ¿verdad?

Normalmente, cuando vamos a consultar al médico por alguna dolencia o enfermedad que nos aqueja, no salimos de su consultorio curados y restablecidos completamente, sino que, lo hacemos con una receta en la mano donde está prescrito algún medicamento que debemos adquirir primero en la farmacia para luego comenzar a ingerirlo y/o aplicarlo de acuerdo a las instrucciones del facultativo.

De la misma manera, Dios, como nuestro médico divino, nos da determinadas instrucciones por medio de su Palabra que contribuyen a la restauración y sanidad de nuestro cuerpo.

En una de nuestras series anteriores habíamos hablado acerca de la diferencia de la Palabra Rhema, puntual y específica para una situación determinada, y la Palabra Logos, como Palabra de Dios en forma general. En cuanto al tema de la sanidad, es muy bueno conocer los pasajes de la Palabra de Dios o Palabra Logos en general, para poder aplicarlos en el momento que sea necesario. Existen también muy buenos libros cristianos con buena base bíblica sobre el tema de la sanidad. Es sumamente provechoso conocer y meditar sobre las maravillosas promesas de sanidad escritas en la Biblia.

Para explicar mejor lo que estoy tratando de decir voy a compartir con vosotros un testimonio personal. Hace unos cuantos años atrás tenía muchos malestares estomacales y digestivos en forma constante. En cada una de mis oraciones le pedía al Señor que me sanara de esto. Un buen día, así como de repente, tuve la impresión que tenía que reducir la cantidad de café que consumía. Esa fue la respuesta divina por medio de su Palabra Rhema, puntual y específica, para mi situación en aquel momento. Pues, al reducir regularmente el consumo de café por espacio de algunas semanas, mis malestares estomacales desaparecieron por completo. Aquello que me había torturado por espacio de varios meses se solucionó en el término de unas pocas semanas cuando decidí aplicar consecuentemente la prescripción de mi médico divino. Dicho de otra manera, recibí la sanidad que estaba necesitando.

Todos nosotros tenemos que aprender a consultar más a nuestro médico divino quien siempre está dispuesto a darnos las soluciones que necesitamos.

La sanidad no tiene que ver directamente con un milagro, sino que es más bien un proceso de renovación y restauración de los órganos de nuestro cuerpo humano por medio de la guía divina, el cual, por lo general, se lleva a cabo durante un determinado período de tiempo hasta su manifestación completa.

En Marcos 16:18b dice: “pondrán sus manos sobre los enfermos y estos sanarán”. En algunas traducciones dice: “se pondrán bien” o “recobrarán la salud” y esto nos habla de un proceso.

Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. (RVA2015)

Por otra parte, un milagro tiene que ver con una intervención sobrenatural en las leyes de la naturaleza o una suspensión del curso natural de los acontecimientos. Un milagro es la suspensión temporal del orden habitual por medio del Espíritu Santo y el poder de Dios.

De hecho, en la Biblia encontramos el relato de algunos milagros divinos como, por ejemplo: cuando el sol y la luna se detuvieron para favorecer a los israelitas en su lucha contra los amorreos. Josué 10:12 al 14:

Entonces Josué habló al SEÑOR el día en que el SEÑOR entregó a los amorreos ante los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas:

(12) "¡Sol, detente sobre Gabaón; y tú, luna, sobre el valle de Ajalón!".

(13) Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está escrito esto en el libro de Jaser? El sol se detuvo en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.

(14) Nunca hubo un día semejante ni antes ni después de aquel día, cuando el SEÑOR escuchó la voz de un hombre; porque el SEÑOR combatía por Israel. (RVA2015)

Esa fue una suspensión temporal del orden habitual pre establecido por medio de la intervención divina sobrenatural.

Otro ejemplo sería la sanidad de un leproso en el NT, la cual sucedió de manera instantánea y no por medio del proceso natural curativo. Mateo 8:2 y 3:

(2) Y he aquí vino un leproso y se postró ante él diciendo —¡Señor, si quieres, puedes limpiarme!

(3) Jesús extendió la mano y le tocó diciendo: —Quiero. ¡Sé limpio!
Y al instante quedó limpio de la lepra. (RVA2015).

Y por supuesto, la resurrección de un muerto corresponde lógicamente también dentro de la categoría de milagro. Lucas 7:11 al15:

(11) Aconteció que, poco después, él fue a la ciudad que se llama Naín. Sus discípulos y una gran multitud le acompañaban.

(12) Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un muerto, el único hijo de su madre la cual era viuda. Bastante gente de la ciudad la acompañaba.

(13) Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: —No llores.

(14) Luego se acercó y tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces le dijo: — Joven, a ti te digo: ¡Levántate!
(RVA2015)

Deseo recalcar nuevamente que nosotros, como iglesia local, creemos en los milagros que suceden en forma sobrenatural por medio de la intervención divina y nos alegramos cuando éstos se manifiestan, pero, creemos especialmente en la sanidad progresiva como resultado de la aplicación de la Palabra de Dios.

Al observar la iglesia o cuerpo de Cristo en forma general, vemos que hay muchos creyentes que son más propensos a creer en un Dios que hace milagros, especialmente en los ámbitos pentecostales y/o carismáticos, y no tanto en un Dios que cura, sana y restablece la salud como lo hace un médico.

Dios desea ser nuestro médico, depositemos nuestra fe en las promesas de su Palabra y experimentaremos salud y bienestar en nuestras almas y en nuestros cuerpos.

En Proverbios 4:20 al 22 leemos:

(20) Hijo mío, pon atención a mis palabras; inclina tu oído a mis dichos.

(21) No se aparten de tus ojos; guárdalos en medio de tu corazón.

(22) Porque ellos son vida a los que los hallan y **medicina para todo su cuerpo**. (RVA2015)

Estas palabras no tienen que ver con milagros directamente, sino que nos habla claramente que la Palabra de Dios va vivificando nuestros cuerpos.

Jesús dijo que sus palabras son espíritu y son vida, y éstas actúan como medicina en nuestros cuerpos.

La palabra que se traduce como medicina en el versículo 22 es el término hebreo **marpé** (H4832) y, de acuerdo al Diccionario Bíblico Strong en español significa: propiamente curativo; cura; sanidad; figurativamente (concretamente) liberación; apacible; curación; medicina; remedio; salud; salvación. El término **marpé** no aparece con frecuencia en la Biblia. De allí, pues, la importancia de su significado tan especial.

La Palabra de Dios produce efectos curativos y contribuye a nuestra salud general. Cabe tener en cuenta, que cuando hablamos de la Palabra de Dios, nos estamos refiriendo a ella en general y no sólo a los pasajes que tienen que ver directamente con la sanidad.

Aún aquellos pasajes que parecen no tener demasiado sentido para nuestro razonamiento humano, son medicina para nuestra alma, cuerpo, y para todo nuestro ser.

Es por eso que decimos que Dios es nuestro doctor. Un médico siempre tiene medicina a disposición, o sabe que medicamentos debe recetar a sus pacientes, para curar las distintas enfermedades.

Al igual que los medicamentos que nos pueda llegar a recetar un médico cuando nos aqueja una dolencia y/o enfermedad, la Palabra de Dios actúa en nuestro cuerpo como un medicamento que va sanándolo y curándolo hasta restablecerlo completamente.

Todos nosotros sabemos que, según la dolencia que nos aqueje, el médico nos receta un determinado medicamento que debe ser aplicado o ingerido con una cierta frecuencia por un cierto espacio de tiempo, que puede ser más o menos largo hasta que se vean los resultados favorables.

De la misma manera sucede si ingerimos la Palabra de Dios con determinada frecuencia y a lo largo del tiempo, como si fuera una medicina. Ella produce resultados positivos sobre nuestra salud física y mental.

Lo más maravilloso de la Palabra de Dios es que, no sólo produce resultados positivos, sino que no tiene ningún efecto secundario o dañino. Por lo tanto, podemos aplicarla siempre con plena confianza. Es más, nunca habremos de correr el peligro de ingerir una “sobredosis”, lo peor que puede pasar es que no tomemos lo suficiente de ella.

Permíteme compartir ahora contigo algo que considero de suma importancia. Cuando hablamos de la sanidad en relación a la Palabra de Dios nos estamos refiriendo a ese tema en forma general y no a algún caso específico en particular. Todos nosotros, casi sin excepción, conocemos a alguna persona que no se ha sanado e incluso que ha partido antes de tiempo, y eso, además de traer mucha tristeza a nuestro corazón nos hace pensar en el por qué ¿verdad?

En primer lugar, deseo recalcar que, aún a pesar de nuestros interrogantes con respecto a lo que puede haber sucedido, debemos mostrar empatía con la persona que está pasando por esa situación.

No es cuestión de andar señalando los errores que pueda haber cometido, y mucho menos emitir un juicio acerca de su fe, pues, eso habrá de empeorar las cosas. Lo más importante siempre es mostrar nuestra empatía con la persona que está sufriendo, por el motivo que fuese.

Jesús, como nuestro sumo sacerdote, siente empatía y se compadece de nosotros cuando estamos en necesidad. De la misma manera debemos hacerlo con los demás.

Y ahora una explicación al margen como para aclarar lo que estoy tratando de decir. Cuando hablo de sentir empatía con alguien que cometió errores no estoy queriendo decir que hay que justificar todo lo malo que una persona haga. Todos nosotros cometemos errores alguna vez, pero, aquellos que constantemente repiten siempre los mismos errores, ya lo están haciendo a sabiendas, y, generalmente, no desean cambiar de actitud.

Una cosa que deseo recalcar es que, de ninguna manera podemos sustituir la medicina de la Palabra de Dios por medio de la oración.

A menudo, pensamos que podemos recibir sanidad por medio de la oración como si fuese algo “mágico” sin tener en cuenta que hemos descuidado o dejado de lado la medicina de la Palabra de Dios.

No estoy diciendo con eso que está mal orar para recibir sanidad. Por el contrario, sigamos haciéndolo, pero, esto no sustituye la carencia o incluso la ignorancia acerca de la medicina que nos concede la Palabra.

¿Me entiendes lo que estoy tratando de decir? Hay creyentes que, lamentablemente, sólo intentan recibir sanidad por medio de la oración, ya sea personal o de otras personas, descuidando al mismo tiempo la acción de tomar la medicina divina de la Palabra en forma constante y regular.

Es de vital importancia que entendamos esto. Si bien la oración ocupa su lugar de importancia, y de hecho está bien que lo hagamos, nunca puede llegar a sustituir la acción de aplicar el medicamento de la Palabra en forma continua.

Hay determinadas cosas en nuestra vida que no pueden ser solucionadas “mágicamente” por la oración. Debemos conocer y aplicar la medicina de la Palabra de Dios, la cual produce efectos sanadores y restauradores en todo nuestro ser.

¿No sería acaso irrisorio que, cuando nos aqueja una dolencia o enfermedad, fuéramos al médico y le imploráramos que nos curara y nos diera la solución, haciendo, al mismo tiempo, caso omiso a sus instrucciones y dejando de lado los medicamentos que nos receta? Sería ridículo ¿verdad?

El médico nos puede ayudar por medio de la medicina que nos receta, si nosotros no la aplicamos como él lo recomienda o si directamente la dejamos de lado, no nos vamos a curar por mucho que le roguemos.

De la misma manera es con Dios. Él ha provisto la medicina de su Palabra para que la tomemos con regularidad para que, de esa manera, mantengamos nuestros cuerpos y mentes en estado saludable.

Naturalmente que Él también puede intervenir en forma directa, y de hecho lo hace en muchos casos, pero, debemos recordar que también existe la soberanía divina.

Lo que tenemos seguro a nuestra disposición es su Palabra, la cual, si la aplicamos en forma regular, actúa como medicina no sólo profiláctica o preventiva, sino también curativa y restauradora. Si no fuera así, el libro de Proverbios no nos daría esa recomendación.

Para seguir con el ejemplo del médico, podríamos decir que cada vez que consultamos a Dios por una dolencia y/o necesidad Él nos da una “receta” con las indicaciones a seguir. Esta “receta” es una palabra Rhema^(*), específica y puntual para ser aplicada a nuestra situación en particular, o nos habla por medio de su palabra Logos^(*), su Palabra general, donde están todas sus promesas en relación a la sanidad y provisión.

(*) Nota de traducción: ver más en la serie “El amén (nr. 03)” a disposición para su descarga gratuita en nuestra página web iglesiadelinternet.com

Si tomamos su “medicina” en forma regular y consecuente veremos los resultados sanadores y restauradores en todo nuestro ser.

Como dije anteriormente, la oración no suplanta la medicina de su Palabra.

Aunque confiamos primeramente en la medicina divina, a veces también se hace necesario ingerir los medicamentos naturales que nos receta el médico. En este caso, la manera correcta de aplicar la oración sería pidiéndole al Señor que éstos actúen para nuestro bien y que ninguno de los efectos secundarios y/o nocivos que leemos en el prospecto se manifiesten en nuestro cuerpo.

Naturalmente que los diferentes grupos de oración de nuestra iglesia reciben una y otra vez pedidos de oración por distintas necesidades, y siempre oramos con agrado y empatía por

cada situación en particular, pero, al mismo tiempo, ponemos el énfasis sobre la importancia de que cada persona aprenda a afirmar su fe en las promesas de la Palabra.

La Palabra de Dios es como un bálsamo para nuestras vidas.

La Biblia, en el AT, hace mención al bálsamo de Galaad y éste representa simbólicamente el ministerio de sanidad.

Galaad es una región montañosa al este del río Jordán. Este lugar era rico en bálsamos debido a los árboles que allí crecían. Éstos producían una resina o especia aromática que se utilizaba para sanar heridas. El arbusto que producía la resina, con la cual se preparaba el bálsamo, crecía tan abundantemente en Galaad en la época del AT que llegó a conocerse como “bálsamo de Galaad”. Este bálsamo, que, como ya mencioné antes, tenía propiedades curativas, era altamente codiciado por su valor, y fue usado en el tabernáculo para la preparación del santo aceite de la unción. El aceite balsámico, considerado un lujo en Oriente Medio, se usaba también para fabricar incienso y perfumes.

Podríamos decir que este bálsamo de aquel entonces era algo así como el Aloe Vera de la actualidad el cual también tiene propiedades cicatrizantes, analgésicas, y antisépticas entre muchas otras, y que también se utiliza en la cosmética.

En Jeremías 8:22 leemos lo siguiente:

[¿Acaso no hay bálsamo en Galaad? ¿Acaso no hay allí médico? ¿Por qué, pues, no hay sanidad para la hija de mi pueblo? \(RVA2015\)](#)

Ahora que entendemos que la Palabra de Dios es ese bálsamo curativo que describimos anteriormente, entendemos también que donde ella falta también falta la sanidad.

En este pasaje, encontramos al profeta Jeremías lamentándose sobre el estado deplorable al que habían llegado Judá y Jerusalén. Él se dio cuenta que si faltaba el bálsamo no había sanidad. Esto tiene también una aplicación espiritual en relación al ministerio de sanidad de la iglesia en la actualidad.

Si observamos el contexto de este pasaje encontramos la razón por la cual faltaba este bálsamo curativo. En los versículos 8 y 9 del mismo capítulo leemos:

[\(8\) ¿Cómo dirán: ‘Nosotros somos sabios, y la ley del SEÑOR está con nosotros’? Ciertamente he aquí que la pluma engañosa de los escribas la ha convertido en engaño.](#)

[\(9\) Los sabios son avergonzados, se llenan de terror y son tomados prisioneros. He aquí que han rechazado la Palabra del SEÑOR, ¿y qué clase de sabiduría les queda? \(RVA2015\)](#)

El bálsamo de Galaad es la Palabra de Dios. Jesús, el Verbo, Logos, o Palabra divina hecho carne, es ese bálsamo de Galaad.

El problema por el cual Judá y Jerusalén habían llegado al terrible estado en que se encontraban era porque habían dejado de lado el bálsamo de la Palabra de Dios.

La Biblia, la Palabra de Dios es bálsamo curativo para nuestras vidas.

Habíamos mencionado que el bálsamo de Galaad se hacía con la resina que producían los árboles de aquella región.

La Palabra de Dios es como esa resina o sustancia que mantiene unida nuestra relación matrimonial y/o familiar.

La Palabra de Dios es también ese perfume agradable de Jesús en nosotros que sube hasta su misma presencia.

Con la resina de los árboles de la región de Galaad se fabricaban también cremas y ungüentos corporales de muy buena calidad con un perfume sumamente agradable.

La Palabra de Dios produce un efecto rejuvenecedor en nuestros cuerpos. La Biblia habla de ello en el Salmo 103.

El bálsamo de la Palabra de Dios con sus efectos regenerativos y rejuvenecedores está a nuestra disposición todo el tiempo para otorgar sanidad a todo nuestro ser. Dios es nuestro Doctor, amén.



iglesiadelinternet
El sitio diferente en la Web

iglesiadelinternet.com

¡La gracia de Dios cambiará tu vida!

Efectivo a nivel internacional, porque es de bendición para miles de personas en todo el mundo. Contribuye a su bienestar espiritual.

*De gracia recibimos, de gracia damos.
Descargas gratuitas. Servicio de discos.*

*Prédicas, enseñanzas, seminarios, devocionales, etc.
Amplia temática bíblica de aplicación práctica en la vida cotidiana. (Audio mp3, video y texto)*

Contacto: ministerio@iglesiadelinternet.com
¡Muchas gracias por visitarnos!

¿Ha sido Usted bendecido/a por esta enseñanza? Le animamos a compartiros un breve testimonio, comentario o agradecimiento:

gracia@iglesiadelinternet.com

<http://facebook.com/iglesiadelinternet>

Canal en YouTube: [iglesiadelinternet](https://www.youtube.com/iglesiadelinternet)

Donaciones, transferencias bancarias:

La visión de nuestro ministerio es expandir el verdadero Evangelio de la Gracia al mundo hispano. ¿Desea usted ser parte de esta visión apoyando este ministerio con donaciones? Muchas gracias por su interés. Nuestra cuenta bancaria:

Beneficiario: Familienkirche
Código Postal: 8640 Ciudad: Rapperswil
Cuenta, IBAN: CH8208731001254182059
Banco: Bank Linth LLB AG
BIC/SWIFT: LINSCH23
Código Postal: 8730 Ciudad: Uznach
País: CH (Suiza)

De no poder transferir a esta cuenta, póngase en contacto con nosotros, para encontrar el medio apropiado en su caso. Muchas gracias.

Más información en:

www.iglesiadelinternet.com/donaciones-spenden

Nosotros creemos que los diezmos deben ser dados a la iglesia local.